



Agosto 2023

La ineficacia del Estado como crítica de izquierda

Rafael Cansino

Tierra Socialista

La eficacia del Estado contemporáneo ha sido un tema, un objetivo, y muchas veces un logro, del pensamiento de izquierda. No debemos confundir preocupación por la eficacia del Estado con la idea de la mera glorificación de ese Estado, porque ello no es algo consustancial a la historia de las ideas socialistas. Tampoco estamos haciendo referencia aquí a la idea de planeación de la



Fuente fotografía: Infoterritorial.com.ar

economía o de otros sectores estatales; ello podrá ser necesario y hasta indispensable, pero es otro tema. El mismo socialismo ha variado sus posturas sobre la amplitud de la planeación como herramienta de acción estatal, pero también la han utilizado y ensalzado sectores de derecha, por no hablar de la apoteosis de los fascismos y su pretensión totalitaria de organización completa de la sociedad por parte del Estado. No es ese el tema que pretendemos tratar aquí.

Podemos discutir que tanto Estado, que tanta planeación queremos o necesitamos; pero la amplia presencia del Estado en la vida moderna es tan innegable, que hasta los sectores más liberales le reconocen al Estado funciones que hace un siglo eran impensables para ellos. No se puede hacer política actual sin tener una posición respecto de lo que hará el Estado y, ciertamente, para los sectores que quieren construir una sociedad bajo parámetros socialistas lo más rápidamente posible, es indispensable tener una comprensión amplia de las funciones del Estado en ese proceso. Muchos de los pensadores socialistas del siglo XIX, pensaban en la sociedad, antes que en el Estado y el mismo marxismo clásico apuesta más a las condiciones de organización y dirección del proletariado que al Estado mismo. Pero ya en los antiguos “utópicos” o en los socialistas que ya piensan en una vigorosa maquinaria estatal (como Lenin o Sídney Webb), es decir, con más o menos Estado, ningún pensador de izquierda puede darse el lujo de desentenderse de la eficacia del Estado; menos aún en estas épocas en las cuales, un Estado eficaz es la principal herramienta para construir, para desencadenar u orientar las acciones que generan igualdad o para neutralizar las maniobras de los sectores privilegiados que quieren impedirla o convertir al Estado en un organismo “bobo”, amorfo, que chupa las energías sociales o las compra por migajas.

Pero hoy nos hemos acostumbrado a dejar que la crítica a la hipertrofia de un Estado amorfo e ineficaz quede en mano de los sectores liberales y conservadores, que buscan que esa herramienta nunca esté disponible para los sectores pobres o más vulnerables; y también nos hemos acostumbrado y tolerados a sectores falsamente progresistas, hipócritas, que pretenden, toleran o usufructúan un Estado inútil, pero que sirve a los privilegios de los propios sectores afines, aunque permita orientar el gasto

públicos hacia sectores empresariales prebendarios que luego sostienen a la clase política que gerencia esos privilegios, en nombre de una falsa “política estatal”. Claro que no podemos utilizar el nombre de Estado para todo lo público, como si se tratara de fenómenos homogéneos... Aquí estamos hablando del Estado en tanto ejecuta políticas o presta servicios públicos. No al sector público que redistribuye riquezas mediante el gasto social. Eso forma parte del gasto público, sin duda; pero no se trata del Estado en tanto ejecutor de las políticas públicas o los servicios públicos estatales, donde la eficacia se convierte en urgente e indispensable.

Veamos algunos ejemplos, que nos permiten construir una Fenomenología del Estado inútil e ineficaz, que habrá que investigar con mayor precisión. En primer lugar, no se puede aceptar un funcionariado público que no tenga una fuerte y comprometida contracción al servicio público. Esto implica una crítica al servidor ineficaz, que no tiene conciencia de que está poniendo en marcha un instrumento que necesitan los sectores más pobres de la sociedad: un empleado estatal sin conciencia de servidor público es un problema para el pensamiento de izquierda, antes que para el pensamiento conservador que siempre ha utilizado al funcionariado público en beneficio propio.

En segundo lugar, la crítica a la corrupción estatal es un tema central del pensamiento de izquierda que se ha dejado en manos de un republicanismo moralista, que no destaca la profunda cooptación del Estado para los sectores privilegiados que se da a través de las prácticas corruptas. Si los empresarios de la construcción se encuentran coludidos para aumentar el costo de la obra pública y transferir luego parte de ese sobreprecio a ciertos sectores de la maquinaria política, esa práctica es inaceptable y debe formar parte de una crítica radical a la corrupción que provenga de los sectores de izquierda. Si sectores estatales encargadas de la regulación de concesiones y de los controles administrativos hacia diversas actividades, ya sea por razones ambientales, o para evitar monopolios o para garantizar los servicios, la corrupción en esos sectores es totalmente inadmisibles y no se puede justificar como una forma de evitar la “privatización”. La corrupción de los funcionarios públicos ha sido históricamente una de las condiciones de la plutocracia y la explotación, y hemos dejado, por el contrario, que sean los sectores conservadores los que enarbolean la crítica a la corrupción de un modo radical, cuando son los que la han fomentado y usufructuado desde antiguo.

El Estado no puede ser eficaz si parte de su energía la utiliza en sostener bolsones de privilegios. En nuestro país, un sector importante de la clase media que ha perdido -lastimosamente- aptitud profesional o laboral, se ha apropiado de la maquinaria estatal y la mantiene en condiciones de desidia, complicidad, ineptitud, mientras reciben sueldos no siempre de los menores y a veces obscenamente altos. La idea de que el Estado deba orientar el gasto público hacia dinamizar sectores económicos que producen empleo - como sucede con la Economía popular, por ejemplo- es algo muy distinto a ampliar indiscriminadamente las plantas de empleados, de un modo burocrático, que produce la

parálisis de grandes sectores del Estado que se necesitan para regular, controlar o incentivar muchas dimensiones sociales.

No se puede admitir que el Estado realice gastos superfluos, que los funcionarios públicos normalicen el uso de vehículos, choferes, viáticos, viajes, y tantas otras prácticas que no son prioritarias ni responden a necesidades comprobadas. Un Estado austero es un proyecto de izquierda, no de derecha. El Estado gasta en publicidad sumas obscenas, gasta en programas que no llegan a ninguna parte, superpone tareas y funciones de un modo evidente y realiza otras innumerables formas de hacer girar ruedas en falso, que, no obstante, dan empleo a sectores afines o de esa clase media que no sabría trabajar de otra cosa. Y todo esto se normaliza como parte del “funcionamiento estatal” o el “Estado que debemos defender”. Nada más alejado de un pensamiento de izquierda. El gasto público es algo demasiado precioso como para no estar sometido a un escrutinio transparente y constante sobre la eficacia de ese gasto, en base a las prioridades que surgen de las necesidades de construir urgentemente las condiciones mínimas de igualdad. Existe un verdadero festival de gastos superfluos, sin control, de obra pública que no es prioritaria, pero se utiliza como parte del mercado de favores políticos.

El derroche de dinero en políticas públicas que no resuelven ningún problema, que no se evalúan nunca, que generan más gastos en funcionarios y asesores que en efectos sociales, es inadmisibles desde un pensamiento de izquierda. Un gobierno de izquierda debe asumir un diseño y ejecución de las políticas públicas con mucha mayor precisión y eficacia que cualquier otro gobierno, porque su urgencia para lograr las condiciones mínimas de igualdad no admite demoras, ni puede darse el lujo de cometer muchos errores. Un gobierno de izquierda en cualquier de los niveles de gobierno: el nacional, el provincial y el municipal. Pero, al contrario, hemos visto como muchos gobiernos, de inmejorables intenciones y concepciones, caen presas de la improvisación o asumen una lógica de gestión de derecha (ineficacia) para lograr objetivos que sólo se pueden lograr con una enorme eficacia estatal. Dejar que el Estado se vaya volviendo moroso, fofo, incapaz de construir energía, laberíntico, oscuro, plagado de “quioscos” y de privilegios, genera un condicionamiento de tal magnitud, que condiciona totalmente la capacidad de transformación cuando toque o se pueda hacerlo. Por lo tanto, es tarea de un pensamiento y una acción de izquierda la crítica permanente a la ineficacia del Estado y la construcción de mecanismos eficaces en los sectores más relevantes, aun cuando no se tenga todavía el gobierno. Toda transición hacia un gobierno de izquierda debe preocuparse, desde ahora, por la crítica a la ineficacia del Estado y la construcción de condiciones de una acción estatal eficaz que pueda llevar adelante verdaderas políticas de transformación.